

PLAZAS Y PASEOS DE LA HABANA COLONIAL

"Hablemos de la Habana antigua. Pero, antes de avanzar, hay que decir qué debemos entender por la Habana antigua. ¿La que Pánfilo de Narváez y Bartolomé de las Casas erigieron en la región meridional del cacicazgo que aquí hubo? ¿La que de allí fué trasplantada a las márgenes del río Almendares? ¿La que, en definitiva, quedó establecida en la orilla occidental del puerto de Carenas? ¿O, en un sentido más práctico, la de los siglos anteriores al actual, la Habana en que se plasmaron los pronunciamientos físicos del arte y los hábitos netamente coloniales?"

(Emeterio S. Santovenia: "El destino histórico de la Habana antigua". *Revista de la Universidad de La Habana*, año 11, números 8-9, marzo a junio, 1935, pág. 57.)

HEMOS venido aquí a evocar, no la primitiva villa de San Cristóbal de la Habana, sino la que pomposamente ostentaba el título de ciudad, desde 1592. La Habana del Marqués de la Torre, de Someruelos, del despótico Tacón; en una palabra, La Habana de los siglos XVIII y XIX con el encanto de su perfume colonial. La Habana de volantas y quitrines, de entorchados y casacas, de vida lánguida y muelle.

Esta villa de San Cristóbal de la Habana comenzó sus primeros pasos en el siglo XVI, en que se fundó. Al crearse una villa lo primero que se escogía era un terreno para situar su plaza principal, si estaba en el litoral, junto a la playa, allí, según se lee en las Leyes de Indias, se trazaba una plaza de corte medieval, las más de las veces, irregular, en la que convergían callejuelas estrechas, recomendables para climas cálidos, y el espacio central, ancho, para que pudieran realizarse fiestas de a caballo y a pie.

Así han sido trazadas todas nuestras plazas coloniales, de modo que encierran un aire de emboscada o de sorpresa, al irrumpirse en ellas bruscamente, lo cual no les resta encanto.

En torno a la plaza principal se escogían solares para la casa del gobierno municipal, el templo católico y las granjerías reales. El Rey, la Iglesia y el Municipio, los tres soportes de la conquistista.

A su alrededor se agrupaba el vecindario de tabla y guano, paja y yagua.

Durante este "siglo del bohío" como le ha llamado Joaquín Weiss, se trazaron y delinearon nuestras principales plazas, cuyos comienzos fueron humildísimos.

Esta primitiva plaza fué llamada de la *Iglesia*, porque allí estuvo la primera parroquial, y junto a una ceiba, que la de hoy no es la auténtica, se dijo la primera misa y se realizó el primer Cabildo; más tarde se denominó *Plaza de Armas*

porque allí realizaba ejercicios la tropa, cuyo cuartel general estaba en el Castillo de la Real Fuerza, levantado en uno de sus extremos. Esta plaza fué el centro y de ella irradió toda la población, "a lo largo de la orilla de la bahía", según cuenta la historiadora Irene Wright.

El Castillo de la Fuerza, situado en uno de los extremos de la plaza, fué el heredero del primitivo fortín construido en 1538 por el capitán Mateo Aceituno, por orden del Gobernador Hernando de Soto, con motivo de un ataque e incendio de la villa por piratas franceses. En épocas posteriores se reconstruyó y amplió con su foso y torre, cuya campana daba las horas y la queda, así como repetía las señales del Morro. Corona a esta torre una estatua en bronce llamada de La Habana, por lo que se generó el dicho de que "hay quienes han venido a la Habana y no han visto la Habana". La Fuerza fué residencia de los capitanes generales antes de construirse el Palacio de Gobierno en la misma plaza, habiendo siempre allí una guarnición de tropas.

No se sabe ciertamente en qué sitio de la plaza se dijeron la primera misa y cabildo, pues ceibas debió haber muchas en medio de aquella naturaleza todavía virgen. En 1754 el Capitán General Don Francisco Cajigal de la Vega, erigió un obelisco en conmemoración al hecho, junto a una ceiba que recordara la otra; consistente en una columna barroca coronada por la estatua de Ntra. Sra. del Pilar. Un siglo después, en 1828, el Gobernador Francisco Dionisio Vives construyó un Templete conmemorativo de capiteles dóricos sobre base ática, que desentona grandemente en medio de la plaza barroca. En el interior están los tres históricos cuadros pintados por Vermay, en que se relata la escena.

Junto al Templete abría sus acogedoras arcadas la palacial residencia del Conde de Santovenia, de la que las crónicas nos relatan sus fiestas

y saraos, sus luces, junto con las del Palacio de Gobierno eran posiblemente las únicas que iluminaban la plaza en las noches de retreta.

El nombre de Plaza de la Iglesia que se le dió en un principio se debió a estar allí desde los primeros días de la fundación la Parroquial Mayor, primero en terrenos donde está hoy el Tribunal Supremo y por último en el actual Ayuntamiento o antiguo Palacio de Gobierno. En un principio fué de tabla y guano, y después de mampostería, pero sumamente pobre; la voladura del navío "Invencible" en 1741 la destruyó. Dos años después el Marqués de la Torre, nuestro primer urbanista, construyó allí la Casa de Gobierno, siguiendo los planos de la de Intendencia, que se elevaba a su lado desde 1770. El que es hoy nuestro Tribunal Supremo debió ofrecer un conjunto ponderado y sereno con su arcada toscana y su balcón corrido de hierro. Sus jambas y ménsulas, que comienzan a moverse, preludian ya lo que será feliz resultado en la fachada de la Catedral. El arco mixtilíneo que da acceso al zaguán es uno de los más hermosos que poseemos.

El Palacio de Gobierno, hoy Ayuntamiento, erigido sobre los cimientos de la antigua Parroquial, de 1776 a 1792, acaba de darle un conjunto elegante y señorial a esta plaza, que, como vemos, fué creciendo poco a poco. Obra, como la anterior de Fernández Trevejos, ella señala ya un paso de avance en cuanto a movimiento barroco, destacándose su soportal de gran puntal y su cornisa superior que enmarca un reloj. La portada en mármol de Carrara fué hecha en 1835 y se aparta del estilo general.

En este mismo año fué colocada en el centro de la plaza la estatua en mármol de Fernando VII, debida al escultor Solá, entre canteros de flores, arbustos y palmas.

Dice Pezuela en su *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*, que la Plaza de Armas "siempre fué el lugar más animado y limpio de la población". Cronistas de la época como Ildefonso Vivanco, Samuel Hazard, la Condesa de Merlín, y otros, nos cuentan de la animación y bullicio que reinaba en esta plaza desde las primeras horas de la mañana en que la invadían cargadores y pasajeros que embarcaban por el muelle de Caballería, así como gente de negocios. Pero la hora predilecta de la sociedad habanera era la de la retreta, a las ocho de la noche, en que quitrines y volantas invadían la plaza, dando vueltas sin cesar, para lucir sus gracias las habaneras, que rara vez se dignaban descender a conversar con los caballeros que paseaban por el frac y sombrero de copa. La retreta deja oír selectos trozos de ópera hasta las nueve en que concluía, dedicando su última pieza junto al balcón del Capitán General, inmediatamente se apagaban las luces y desbandaban los carruajes. A las once, dice Alvaro de

la Iglesia en sus *Tradiciones Cubanas*, no queda ya nadie en la plaza, sólo "una nube de perfumes en que se mezclan el Patchoulí, el agua de la Vanda, el azahar y la Colonia, como una estela que han dejado tras de sí la elegancia y la belleza". Las bellas se dirigen a refrescar a "La Dominica", a "Escauriza" o "Louvre", éste preferido por sus helados y granizados, que se decía eran "tan buenos como en los Estados Unidos", siendo "el mejor lugar de La Habana para observar la alta vida social durante la noche". Y concluye Hazard que era "una agradable manera de pasar la noche".



Si encaminamos nuestros pasos por la calle de Oficios, tropezamos en seguida con la segunda de nuestras plazas coloniales, según Arrate, y la más irregular de todas, la de San Francisco. Según Pérez Beato esta plaza se formó en 1628, por lo que debió haber sido la tercera.

Ya desde 1574 se había iniciado allí la fábrica del convento de San Francisco en el extremo sur de la plazoleta, que según Valdés era "a pesar de tener su frente hacia ella, el mejor de la Isla, no sólo por su mayor capacidad, sino por la solidez y gusto de su construcción". La obra concluyóse en 1738, mediante el Obispo Fray Juan Laso de la Vega, que estuvo enterrado allí.

Pintoresca fachada lateral, la del convento de San Francisco, cuerpo largo y estrecho, cuyos últimos sillares descansan en la misma bahía; su perfil acusa distintamente bovedillas, arbotantes y contrafuertes, así como la alta y elegante torre que se alza sobre la fachada principal, la más airosa de la ciudad durante mucho tiempo; estuvo coronada por una estatua de San Francisco o de Santa Elena—los historiadores discrepan—que se derribó cuando el huracán de 1846. Al centro de esta fachada lateral se abre una puerta de perfil más clásico que el frente, perteneciente a la Capilla de la Tercera Orden, advocada al Cristo milagroso de la Vera-Cruz, del que la leyenda cuenta sudó sangre en el año de 1700, durante una ceremonia. Por esta puerta se repartía sopa a los pobres diariamente a las doce del día, así como salía la procesión del Vía-Crucis el Viernes Santo. Espectáculo tétrico debía ofrecer esta plaza cuando a las doce de la noche partían los monjes y fieles, a la luz de candilejas, encaminándose a lo largo de la calle de San Salvador de Horta, conocida después por la de la Amargura o camino del Calvario, el que se armaba en la plazuela del Cristo.

Junto a la calle de la Amargura se alzaron también las señoriales mansiones de los Marqueses de San Felipe y Santiago y de Campo-Florido. Y en el solar en que hoy está el ana-

crónico y moderno edificio de la Lonja, estuvo la primitiva Lonja, conocida por casa de Armona o de Aróstegui, que eran dos casas contiguas. La última fué residencia de uno de los primeros y más ricos ciudadanos de La Habana, Don Martín de Aróstegui, dueño también de la loma de Aróstegui, donde se construyó después el Castillo del Príncipe. Esta casa de Aróstegui está íntimamente unida a nuestra historia colonial: en ella vivieron los capitanes generales, antes de la edificación del Palacio de Gobierno; además allí se abrió el Café del León de Oro, que tan famoso iba a ser a lo largo del siglo XIX, con su ruleta, en que se jugaban peluconas junto con el porvenir de una familia.

Al transitar por la plaza de San Francisco siempre vienen a nuestra mente las páginas de Manuel Costales en el *Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba* al retratar el bullicio y animación que había allí durante el día por la cercanía de los muelles, Aduana, almacenes, etc., así como de un mercado que parece hubo en época del Conde de Santa Clara. En las noches volvía a dormir la plaza y su quietud era turbada por algún que otro aguador que llenaba sus cántaros en la fuente de Los Leones que después estuvo en el Paseo de Isabel II y hoy en la Plaza de la Fraternidad, por el centinela impenetrable o por algún caballero que llegaba retrasado a la retreta de la plaza de Armas.

Pero la animación era perenne en los días de feria, al entrar en su titular el tres de octubre los chiquillos irrumpían en la plaza y convento lanzando cohetes y voladores, mientras se izaba la bandera del patrón al vuelo de las campanas. Los festejos comenzaban por misa y salve en la mañana y procesión al atardecer. La plaza se adornaba con pencas de guano, palmas y cañas bravas, entre las que se abrían garitos y mesas de tijera donde las negras exponían baratijas y doraban tortillas de San Rafael, vendía alcorza, maní, agua de loja y ollas de ponche de leche. Los dueños de puestos atronaban con sus gritos proponiendo la lotería de barajas, el gallo indio o negro, la perinola y los dados al cebo de cinco medios por cada uno, mientras que los jugadores de *monte* y *manigua* echaban la baraja en cualquier parte. En la noche la plaza parecía una inmensa cocuyera, de tal modo brillaban los fanales, guarda-brisas y farolitos de papel, con la llama brillante de los asadores de tortas, entre los que resaltaban los trajes chillones y risas escandalosas de negros y mulatos, que terminarían la jornada en los bailes de *cuna*.

Pero si nos trasladamos a un día de abril del año 1838, un espectáculo muy diferente nos ofrecerá la plaza, ya no es la turba soez y baja de los días de feria, sino la alta sociedad habanera que engalana sus balcones y concurre a la iglesia de moda en quitrines y volantas: va a velarse el sello

Real; avancemos con ellos hacia la fachada de la iglesia y convento que tan poca perspectiva ofrece, detengámonos a contemplarla: fachada barroca española de principios del siglo XVIII, con órdenes superpuestos, altos podios, mensulones, volutas y cuadrifolios, sobre la que se eleva la torre monumental muy bien asentada. Penetremos, no hoy, en las oficinas de Correos, sino en aquel día de abril de 1838, y con el celo devoto de los fieles dirijamos nuestros pasos hacia la iglesia de tres naves con bóvedas de piedra, y evoquemos aquella gran cúpula que se alzaba sobre el crucero con cornisas decoradas en verde y oro. Salgamos a sus tres amplios claustros y hagamos nuestra última peregrinación frente al aula desde donde aquel Maestro de Maestros, Don José de la Luz y Caballero, dictó sus clases de filosofía.

Con el espíritu ya un poco más ligero acerquémonos a la tercera, para algunos historiadores, segunda, de nuestras plazas coloniales: la llamada Plaza Nueva, Vieja, de Fernando VII, de la Constitución y por último Mercado de Cristina. Según Arrate y la Torre ya en 1559 se había formado, y parece tuvo una fuente adonde iban los aguadores a proveerse. Durante los siglos XVIII y XIX llegó a ser la más aristocrática de nuestras plazas, siendo sus vecinos más ilustres los Condes de Jaruco y de Jibacoa, Don José María de Arrate, Don Melquíades Aparicio, etcétera, y desde 1834, la casa esquina de San Ignacio y Teniente Rey fué sede de la Sociedad Filarmónica, a cuyos bailes acudía la sociedad habanera de entonces; muy cerca estuvo también la primera Casa Cuna fundada por el Obispo Valdés. Por sus portales y calles que la rodean, Mercaderes, San Ignacio, Muralla y Teniente Rey, había gran comercio de mercadería y quincallería, lo que las mantenía siempre visitada por damas elegantes.

Pero no sólo la burguesía habanera ha escrito sus páginas en esta plaza; escenas llenas de color y de fuerza nos pintan el despotismo colonial sobre la esclavitud negra: allí estuvo la picota donde se azotaba al rebelde, y sus losas fueron manchadas de sangre en medio de corridas de toros.

Y en 1836 convertida en Mercado de Cristina era invadida por la turba esclava, desde el clarear del día. Cuenta un cronista moderno que gusta de revivir nuestras viejas estampas con su pluma de poeta, que debió haber sido un espectáculo pintoresco ver descender de las estancias hacia la ciudad las pías de guanajos con su típico graznar o los centenares de cerdos entre gruñidos que anunciaban la próxima Nochebuena, entre los que resaltaría el típico malojero, el

arriero encargado de cerones o el chino viandero, entre el equilibrio inverosímil de sus dos cestas a modo de balanza.

No por ello pierde la Plaza Vieja su espíritu aristocrático, sus varios palacios tienen amplios portales bajo majestuosas arcadas y percibimos sobre la ancha puerta claveteada el escudo nobiliario de la familia, tallado en piedra; logias cerradas en balcones que ayer fueron de madera torneada y hoy son de hierro calado; frescas persianas en varillaje de abanico; lucetas de alegres colores entre una tracería geométrica, que a veces semeja cestos de flores o frutas. No rompamos su encanto penetrando en ellas hoy, observemos sólo una de sus fachadas, por ejemplo, la casa que perteneció a don Gabriel Beltrán de Santa Cruz, Conde de Jaruco, donde se dice nació la Condesa de Merlín, la que todavía ostenta el escudo condal. Parece data de la segunda mitad del siglo XVII, siendo edificada en el XVIII, agregándosele el piso alto y los portales, así como su balcón que aparece en grabados del siglo XVII como de madera.



zada por el Capitán General, siendo suprimida por el Obispo en 1807 por haber degenerado ya en acto grotesco, indigno del progreso de La Habana.

Ya en pleno siglo XIX el primitivo Humilladero o plaza del Cristo fué sitio muy concurrido por haber mercado en ella, trasladado de la Plaza Nueva que entonces se llamó Vieja, además de ser punto de estacionamiento de caleseros para "buscar viajes". Decía Bachiller Morales en 1841, "allí se disputan los *marchantes* con la petulancia más enfadosa ganando la partida el muy pronto en gobernar el caballo y en colocarse ante el que va en su busca".

En cuanto a la iglesia del Santo Cristo, ella atrae nuestra atención por su buena proporción, por el equilibrio de sus torres, a nuestro juicio el más ajustado dentro de la construcción eclesiástica colonial. Sucesivas ampliaciones y reparaciones hacen que el templo se concluyera posiblemente ya dentro del siglo XVIII, que fué el barroco para nosotros. Dos arcos de desigual amplitud proyectan una amplia zona de sombras en la fachada que nos dan la nota de profundidad inherente al barroco.



"El más bello rincón colonial de la ciudad de San Cristóbal de la Habana" es para Roig de Leuchsenring, según lo ha repetido varias veces, la Plaza de la Catedral, llamada en su origen Plazuela de la Ciénaga, por la naturaleza de su suelo, cenagoso, e inundado por la proximidad del mar y más que nada por las aguas de lluvia; en ella desembocaba hasta un brazo de la Zanja Real, por lo que una de sus callejuelas se llamó Callejón del Chorro. Es, como las anteriores, una plaza medieval, cerrada, a la que no llevan, fundamentalmente más que dos calles: San Ignacio y Empedrado. La piedra caliza, conchífera de sus edificios, se sacó del litoral mismo.

Parece que la plaza se empezó a formar durante el siglo XVII, en que comenzaron a alzarse las paredes de la Casa del Conde de Bayona, la más venerable de sus casonas, compañera de la iglesia que le hace frente, viejo retablo barroco esta iglesia, hermoso a todas horas del día, a la claridad meridiana del mediodía, así como a la caída de la tarde, en que aparece cansada, envejecida, como ensimismada. Triste y misterioso, dice Regino Pedroso, es el ambiente que se desprende de aquel lugar, no hay que olvidar que la Catedral actual surgió del primitivo Oratorio jesuíta que estaba allí, por lo que el espíritu de Ignacio de Loyola parece que la poseyó durante mucho tiempo. Es tético el recuerdo de que en la casa de Bayona funcionó un tiempo

La Habana, ciudad costera, necesitó desde los primeros días de su fundación, un patrón para sus marinos, y éste fué el Santo Cristo del Buen Viaje, cuya ermita y después Parroquia se construyó en 1640 en el primitivo lugar llamado del Humilladero; fué ordenada su edificación por el Gobernador Don Alvaro de Luna y Sarmiento viendo la devoción con que los fieles seguían la procesión del Vía-Crucis los Viernes de Cuaresma a lo largo de la calle de la Amargura y finalizando en el Humilladero, donde se armaba un tablado con la escena de la Crucifixión. Esta procesión, de que ya hablamos, partía de la Puerta de la Orden Tercera de San Francisco, deteniéndose en estas estaciones, de las que la primera era esquina a Mercaderes, pudiendo verse hoy todavía su cruz, pintada de verde, por lo que se llama de la Cruz Verde aquel sitio. En Amargura y Aguiar estaba la capilla de la Tercera Orden de San Agustín, donde se celebraba una estación con gran brillantez. En el patio de la antigua iglesia de San Agustín, hoy de San Francisco, está todavía la cruz que señalaba la estación del Vía-Crucis. Miguel de Castro Palomino y Borroto tenía en la esquina de Villegas una urna con Jesús Crucificado, donde se detenía la procesión a cantar algo relativo a la duodécima estación, "Jesús muere en la cruz". La esquina de Amargura y Aguacate se conocía con el nombre de "Las piadosas mujeres", porque allí vivían las beatas Josefa y Petrona Urrutia, quienes al pasar el cortejo, ejemplificaban la escena del encuentro de Jesús con las mujeres de Jerusalem. A esta procesión concurría toda la población, encabe-

el tribunal de la Inquisición. La antigua casa del Marqués de Aguas Claras, la primera de la derecha, tiene un carácter duro y agresivo, en su avance audaz hacia la plaza; ella lleva imbíbido el espíritu del antepasado de su dueño, aquel Ponce de León, Conquistador de la Florida; el Marqués de entonces pleiteaba con todo el mundo, posiblemente hasta con los padres de la Iglesia. Un carácter más ligero y gracioso ofrecen las residencias de enfrente, del Conde de Lombillo y del Marqués de Arcos, propio del espíritu de sus dueños, más mundano y festivo.

Pocas cosas hay tan hermosas en nuestro colonial como la fachada catedralicia con su carácter barroco, herreriano-churrigueresco, traducido en planos en entrantes y salientes, sus óculos y el vuelo movido de sus entablamentos y cornisas. En el interior, el recuerdo del Obispo Estrada, decorándola al gusto neo-clásico, sustituyendo los antiguos altares barrocos por otros al gusto de la época, y las vigas de madera por cielo raso, aditamentos a los que se unen las pinturas de Vermay y Perovani.

Una de las más atractivas casas de la Plaza de la Catedral es la ya citada del Marqués de Arcos (familia Peñalver y Cárdenas), en donde estuvo después el Liceo Artístico. Fué reconstruída en 1746, y uno de los detalles más bellos de su fachada es la loggia, descubierta hace poco, con su balcón corrido de hierro, estilo Luis XV, su galería de persianas, y sus medios puntos de colores.

Por su vejez, digamos algo de la residencia del Conde de Bayona, perteneciente a la familia Chacón, que, además del Tribunal de la Inquisición se alojó allí el periódico *La Discusión*, y hoy el bar del ron "Havana Club" de Arechabala. La fachada, muy sencilla, poco nos dice. Es de piedra conchífera traída del litoral a la que hace sombra el alero criollo.

Un aspecto hermoso debía ofrecer esta plaza en aquellos días de bodas y bautizos, cuando invadida de quitrines se ofrecía en todo su esplendor la belleza criolla entre los entorchados de los uniformes y el tricornio del Capitán General; o el día de Reyes en que—como ha dicho alguien—"la turba esclava irrumpía con sus trajes colorinescos, sus tambores, sus gritos, sus danzas ancestrales, y una ancha fuerza negra apagaba por un momento con un gran clamor bárbaro, el suave rumor místico de las preces cristianas".

No hay que olvidar que la Plaza de la Catedral representa dos siglos de devenir histórico entre nosotros, que ella dió sus toques de rebato anunciando la proximidad de corsarios y piratas, y que vió desfilar bajo sus naves, toda una larga serie de obispos: Santiago de Com-

postela, el innovador Obispo de Espada y Landa, José de Trespalacios y Morell de Santa Cruz.



Así poco a poco fué surgiendo La Habana colonial: el humilde vecindario creció hasta convertirse en residencias burguesas que buscaban asentarse en las plazas públicas, por su mejor situación y lucimiento, pudiendo adosarles soportales.

Desde mediados del siglo XVII la población comienza a amedrentarse por sucesivas invasiones de piratas y corsarios, debido a la falta política de monopolio que sostienen sus gobernantes, reflejo de la decadencia de la metrópoli, después de Felipe II. Y así el Gobernador Gelden intenta abrir un foso para unir las aguas de la bahía con las del mar, aislando de este modo la población. El proyecto fracasa, y por el año de 1633 se comienza a cercar el recinto de la ciudad por medio de murallas, proyecto del Capitán General Montañó. En 1740 se terminó de amurallar La Habana. Mucho dinero y muchas fuerzas inútiles costó esta muralla que constaba de bastiones, fosos y puentes levadizos, con lo que la ciudad pudo ostentar su título de "principalísimo antemural" de las Indias Occidentales. El recinto amurallado corría desde el Castillo de la Punta al Hospital de San Francisco de Paula, y lo abrían las puertas de la Punta, de Tierra, Nueva del Arsenal, de la Tenaza y de la Luz, y ya posteriormente en época de Tacón, las de Colón y Monserrate.

Cerco estrecho y opresor el de estas murallas, semejante al que comenzaba a aherrar las mentes. Cerco inútil, puesto que la invasión inglesa tomó con facilidad la población sin agrietar una de estas murallas, cumpliéndose el veredicto que lanzara Antonelli.

Pronto resultaron inútiles las murallas, la población crecía en sus barrios extremos: San Lázaro, Monserrate, el Horcón y Jesús María, y así se fué formando una nueva ciudad extramuros; he aquí los nombres de Intramuros y Extramuros o Habana Vieja y Nueva, y llegó un momento en que la población extramural había crecido tanto que resultaron inútiles las murallas, por lo que en 1863 se procedió a derribarlas. Hoy tan sólo quedan sus recuerdos, materiales: una garita frente a la Avenida del Puerto, un bastión junto al Palacio Presidencial, y un lienzo de muro con su antiquísimo jagüey en el Instituto de La Habana y dos almacenes junto a los muelles. Recuerdos impalpables, pero no por ello menos ciertos, los que nos hablan de sus tradiciones y leyendas de que las crónicas están plagadas: los pesados rastrillos levantándose a las cuatro de la mañana para abrir sus puertas a los habitantes

de extramuros, y dejándose caer a las ocho o diez de la noche, entre toques de cornetas y cañonazos, costumbre y origen de nuestro cañonazo de las nueve. Y aquella leyenda divertida, de cómo los ciudadanos guasones solían llevar la víspera de Reyes a los peninsulares recién llegados a lo alto de la muralla con un farol y una campanilla, para que pudieran guiar a los Reyes Magos hacia la puerta de entrada de la ciudad, augurándoles si lo cumplían toda clase de prosperidades.



“Como una estampa olvidada en un rincón de la ciudad colonial se encuentra al extremo de la vieja alameda la fachada ruinosa de la que en un tiempo fuera Iglesia y Hospital de Paula.” (1)

Dos edificios que son la obra de nuestro primer urbanista, el Marqués de la Torre, quien al llegar a La Habana en 1772 decidió dotarla de un paseo, un teatro y un Palacio de Gobierno. Bien miserable era el aspecto de la población: un pobre caserío de embarrado y guano, algunas fortalezas e iglesias, plazas cenagosas y llenas de malezas. No había un paseo, no había un teatro; las únicas diversiones eran las procesiones y las paradas militares, así como recorrer en las noches las calles de la Muralla y de Mercaderes, llenas de pequeños bazares, que alumbradas por quinqués ofrecían el aspecto de una feria. Hasta fines del siglo XVIII el alumbrado público se componía de la luna y algún que otro farolillo de la ronda, verdadero cocuyo en las tinieblas, como dijo un escritor. Era tan peligroso deambular a altas horas de la noche, que se salía escoltado por media docena de lacayos portando antorchas.

Considerando el Marqués de la Torre que el paseo era de primera necesidad se preocupó en formar primero la Alameda de Paula, junto al mar, y después el Paseo de Isabel II o Nuevo Prado. Trazó la Alameda de Paula junto a la bahía, en un lugar espléndido por sus brisas y panorama. Digamos lo que él mismo nos cuenta: “No hay paraje más agradable en La Habana por su situación y sus vistas, expuesto a los aires frescos descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el pueblo dentro del recinto, donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente y que parecía elegido para este fin desde la fundación de la ciudad.”

En un principio parece tuvo álamos y bancos, después fué mejorada por Someruelos, y por último O'Donnell hizo de ella el Salón de su nom-

bre, que es el aspecto en que se observa en las litografías, con escalinatas, bancos, barandajes de hierro calado y faroles de gas. Sin embargo, a pesar de sus elegante conjunto, pasó muy pronto de moda y ya a mediados del siglo XIX se prefería la Alameda de Isabel II o el Nuevo Paseo Extramuro o de Tacón.

Junto a la Alameda se alzaron mansiones señoriales, como las de los Marqueses de la Real Proclamación y de Campo-Florido, y sobre todo tres edificios muy ligados a su pasado: el Teatro Principal, la Iglesia y el Hospital de Paula.

Tan necesario como un paseo resultaba un teatro, en una población que crecía día a día y que ya se había aficionado a representaciones teatrales, desde el día ya lejano del año de 1559 en que se dió la primera representación y el Gobernador tuvo que amenazar al público con el cepo para que guardara el orden, y sin embargo, dicen los cronistas que quedaron tan regustados hasta el punto de pedir que se repitiera.

A pesar de esto, la población no tenía aún un lugar apropiado, y el Marqués de la Torre fué el llamado a levantar el primero, que se llamó Coliseo y después Principal, a beneficio de la Casa de Mujeres Recogidas. Concluido en 1775 duró sólo hasta 1846 en que cuando acababa de reformarlo O'Donnell y se esperaba con gran entusiasmo una compañía de ópera italiana, fué destruido por el ciclón de 1846.

Hay pocos datos acerca de su arquitectura, Bachiller y Morales se refiere a él diciendo “que su severa y desgraciada construcción le da bastante semejanza con un buque con la quilla al cielo”. Continúa más adelante: “Verdad es que no podemos compararlo con la Scala de Milán, San Carlos de Nápoles, ni con otros de este orden; pero es bastante su amplitud para que pueda figurar entre los más extensos de segundo orden”; y sin embargo, se pretendía imitar en él al Príncipe de Madrid.

Allí se cantaban óperas en italiano y español, así como se daban bulliciosos bailes de disfraces. Las noches de ópera en este teatro debían ofrecer un hermoso aspecto, cuando, según nos cuenta Eugenio Sánchez de Fuentes en *Cuba monumental, estatuaria y epigráfica*, “apeábanse las bellas de sus quitrines y haciendo alarde de sus gracias recorrían el espacio que mediaba entre el Hospital y el Teatro, y gozaban de la anhelada frescura de la bahía durante los entreactos de la ópera española, en tanto que los “gourmets”, pocos entonces dirigíanse al afamado restaurant de la R, donde se saboreaba una deliciosa ropa vieja”.

Junto al Teatro se hallaban la Iglesia y el Hospital de Paula. De todo esto no queda más hoy que la vieja fachada de la Iglesia y las paredes ruinosas del Hospital. Vieja fachada carcomida por el tiempo, triste y solitario espec-

(1) Urbino, S. de, *La Habana de otros tiempos: La Iglesia y el Hospital de Paula. La Alameda y el Teatro Principal*.

(Conferencia leída en el Lyceum y Lawn Tennis Club, La Habana, enero 26, 1943.)

tador de un mundo que ya no es el suyo. ¡Si esas piedras hablaran! Paula ofrece una de las fachadas coloniales más hermosas con su ancho arquitrabe que a manera de tenia divide los cuerpos inferiores del superior, y su gran rajadura que hace el efecto de una cicatriz. Muy pintoresca su cúpula, cuyos cristales blancos y azules, debieron dejar pasar una luz necesaria para crear el ambiente de recogimiento.

El Hospital de Paula está ligado profundamente a nuestra vida colonial, a nuestra historia. Allí estaban las mujeres enfermas, las dementes, las abandonadas, las esclavas viejas, como aquella Dolores Santa Cruz de que nos habla Cirilo Villaverde, y la mujer de la calle, la amante de ninguno, de alma demasiada mundana, como dijera Bachiller.

No hay que olvidar tampoco que en sus paredes está trazada la historia de la medicina cubana. Don Nicolás José Gutiérrez, los González del Valle, Tomás Romay. Y ¿qué decir de sus benefactores? Laso de la Vega, Morell de Santa Cruz, Don Luis de las Casas, el Conde de Santa Clara y esposa.

♦

Pero muy pronto la Alameda de Paula iba a ser sustituida por el Nuevo Paseo Extramuros o de Isabel II, que iba a ostentar estos nombres, además de Conde de Casa Moré y Nuevo Prado o Paseo de Martí en la era republicana. Obra también del Marqués de la Torre, realizada en 1772, iba de la Puerta de la Punta a la de Tierra. Allí estuvo la estatua de Isabel II, además de las fuentes de Neptuno, de los Tres Leones (trasladada de la Plaza de San Francisco), de los Genios y la Fuente Nueva. Llegó a prolongarse hasta la Fuente de la India o Noble Habana en el Campo de Marte, hoy Plaza de la Fraternidad. Constaba de cinco calles bordeadas de álamos, la del medio para carruajes y las laterales para peatones. Remataba esta Alameda, como decíamos, en el Campo de Marte o Campo Militar, ancha explanada enverjada con cuatro puertas que ostentaban los nombres de Colón, Cortés, Pizarro y Tacón, este último por ser su promotor. Este sitio, convertido hoy en nuestra modernísima Plaza de la Fraternidad, era destinado no sólo a ejercicios militares, sino a paseo de peatones.

A la hora del paseo se estacionaban cinco bandas de música a lo largo de él, y era continuo el desfile de volantas y quitrines, en que las bellas habaneras vestidas de ligerísimo linón lucían sus hombros desnudos, para lo que, según escribía un viajero francés de la época, tenían todo lo que se llama un derecho. Más de un enamorado pasaba allí la tarde para tener sólo

el placer de ser saludado por la coquetería de un abanico.

En la parte más animada del paseo, frente a la Puerta de Monserrate, se construyó en 1838 el Teatro de Tacón, gracias a la actividad y celo de un catalán, Don Francisco Marty y Torrens, que había tenido mucho éxito con su pescadería. El edificio costó cerca de \$200,000 y se inauguró con cinco bailes de máscaras, a los que se cuenta asistieron cerca de 8,000 personas. La fachada del edificio dejaba mucho que desear por lo modesta: una serie de arcadas con columnas dóricas empotradas. El interior se decía que era grandioso, imitaba al Real de Madrid y al Liceo de Barcelona, con adaptaciones propias al clima.

No sólo bailes de máscaras hicieron famoso al Teatro de Tacón, sino sus temporadas de ópera y teatro francés: por su escena pasaron la Ristori, Sarah Bernhardt, Coquelin, etc.

Igualmente famoso fué el Café de Escauriza, llamado después "El Louvre", situado al lado, adonde se iba a refrescar después del teatro, la retreta y el paseo. Allí se daban también bailes de carnaval todos los domingos, y fué escena de más de un hecho histórico, como aquella batalla de ponche de leche contra Pancho Marty por su prerrogativas en sus bailes para que duraran toda la noche.

♦

Un continuador a distancia de la obra del Marqués de la Torre fué el General Tacón, cuyo gobierno despótico iba a ser de fatal recuerdo para los cubanos, por lo que se ocupó, probablemente, para encubrirse en mejorar la cosa pública, levantando edificios como el teatro de que acabamos de hablar, el embellecimiento de paseos como el anterior, y la construcción de uno nuevo que naturalmente llevaría su nombre, el Paseo Militar o de Tacón, conocido hoy entre nosotros por Paseo de Carlos III. Así se seguía fomentando el interés en costosos trenes con que deslumbrar en el paseo tardeño. Esta nueva Alameda, construida en 1838, debió recordar los bulevares parisienses, aún hoy en día, pobre y abandonada tiene un no sé qué, que recuerda su esplendor colonial. Desde 1928 había un camino carretero que ponía en comunicación a la ciudad con el Castillo del Príncipe y San Antonio Chiquito; por él discurrían las tropas de caballería y los campesinos, pero tan intransitable por lo anegadizo que "ni las gentes de a pie podían en la estación de las lluvias pasarlo sin grandes peligros".

Construido por Carrillo de Albornoz, constaba de tres amplias avenidas, con rotondas o glorietas, donde se alzaban la estatua de Carlos III

y las de Ceres, Esculapio, de la India o Noble Habana, de los Sátiros y los Aldeanos o de las Frutas.

El hecho de estar muy alejado del centro de la ciudad hizo que estuviera poco tiempo de moda, prefiriéndose el de Isabel II; se decía que había que salir muy temprano para llegar a él antes de la caída de la tarde, por lo que se fué abandonando, volviendo a ser otra vez Paseo Militar, al ser transitado únicamente por las tropas del Príncipe, y algún que otro estudiante o catedrático que lo cruzaría presuroso para dirigirse al colegio que se acababa de abrir cerca de la Zanja.

Este Paseo de Tacón tenía como término agradable los jardines de la Quinta de Recreo o de los Molinos, situada en los terrenos de la antigua estancia de Aróstegui; la casa de vivienda fué construída por Tacón y ampliada mediante un segundo piso por O'Donnell.

Oigamos el relato que nos hace José María de la Torre acerca del paseo tardeño en *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, pág. 176:

"Mil elegantes carruages de todas clases conduciendo las deidades habaneras, ocupan en forma de cordon el dilatado paseo de Tacón y después el Isabel II, donde las espera una fila de gallardos jóvenes solo para el desconsuelo de verlas pasar fugitivas cuatro ó seis veces: mientras que por uno de los extremos del último paseo se vé atravesar un fúnebre carro conduciendo á la última morada al que ha dejado de existir. ¡Tal es el drama de la vida!"

"Tocan las oraciones y cada cual toma distinta dirección; esta por estar ya vestida de *punto en blanco* se dispone á pagar una visita de *cumple-y-miento*, ó á visitar á alguna que ha dado á luz un niño (mas claro á criticar el canastillero), ó bien á ejercitar su lengua de *paloma* en algún velorio ó visita de nóvia: aquella atraída por un melífluo tema de la Lucía, se encamina hácia la retreta. Este movido por tímidos anuncios se dirige á alguna función teatral con que suelen distraernos los saltimbanquis; aquel, invitado concurre á una tertulia en que una amable beldad hace el encanto con su brillante voz ó prodijiosa ejecución de *irresistibles* danzas cubanas en el piano; estotro mas positivista se dirige á oír instructivas lecciones en el Liceo artístico y literario. Los espléndidos establecimientos de las calles de la Muralla, Obispo y O-Reilly, así como el hermoso mercado de Ta-

con, brillantemente alumbrado por gaseosa y ní-tida luz, se cubren de compradores y curiosos que se estasian admirando las preciosidades que encierran."

"Oyense las nueve; y concluidos los melodiosos sonos de la retreta vuelven los sedientos y golosos á inundar la espaciosa Lonja ó sea café de Arri-llaga para gustar sus afanados helados y chocolate; la Dominica y la Marina para gozar de sus bien confeccionados dulces, la Imperial y la Columnata para absorver sus gaseosas aguas de soda: ó para refrigerarse con exquisita horchata ó nutrirse con un hermoso vaso de leche helada. Los habitantes de estramuros para satisfacer las mismas exigencias se dirigen al hermoso y elegante café de Escauriza (*rendez-vous* desde por la tarde que se llena de ociosos), ó á las confiterías y neverías de Tacón y de las Delicias."

"A las diez se ven cruzar por las calzadas del Cerro, de Jesus del Monte y de Marianao, las *guaguas de los enamorados*; hace el amante su saludo á su encanto y la numerosa población se recoge, oyéndose solo desde media hora después la voz del vigilante, sereno y centinelas de las fortalezas..."



Mercedes Santa Cruz, la Condesa de Merlín se dolía hace un siglo de que nuestros edificios no tuvieran historia. "A Cuba le falta la poesía de los recuerdos", decía. Y yo me pregunto después de cerrar este libro de estampas de mis abuelos, ¿es posible que ninguna de estas viñetas que han desfilado ante ustedes no tengan poesía? Es que la Merlín no supo llegar al alma de La Habana colonial, puesto que de cada repliegue de estas piedras viejas brota como una veta de poesía honda que son sus leyendas, su historia, de las que ella misma es parte.

Un amigo arquitecto escribió hace tiempo: "Un día vendrá, cuando se revaloricen las bellezas que guardan, y por la insaciable voracidad del cine, un día vendrá, repetimos, que estas estampas se animarán ante los habaneros de hoy."

Yo he querido volver a abrir ante ustedes este viejo libro de estampas ya empolvadas, caído de las manos de un bisabuelo a quien no conocí por haberme tocado nacer justamente un siglo después que él: Don Antonio Bachiller y Morales.